

Prof. D. J. Garcia Mora

Reproducción

N^o 80-74
Números 80 y 81. — Tomo V.

10 de Junio de 1922.

25006
May 1. 1933

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Talonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

impacientarse o encolerizarse. Su vida tiene dos partes: las diversiones más o menos frecuentes, que la distraen de sí misma, y los intervalos entre esas diversiones, en los cuales se aburre. Para muchas mujeres más serias, que se ocupan verdaderamente de su casa, el pecado consiste en caer en el extremo opuesto, si se dejan dominar por preocupaciones insignificantes y quieren colaborar en todas las labores del hogar. No dejan tiempo para el imperioso deber que todo sér humano tiene, de conocer su sér moral para dirigirlo hacia la perfección.

Seguro estoy de que si alguna de estas últimas lee estas líneas, se encojerá de hombros.

—«Bueno está—habrá de pensar—ese psicólogo con su sér moral y su dirección hacia la perfección... Se conoce que no tiene que cuidar su casa, ni educar a sus hijos...»

Pues bien, el psicólogo insiste, y afirma que la mujer no debe ser ni extraña a los cuidados domésticos, ni embrutecerse con esos mismos cuidados. Cuidados del perfeccionamiento personal y cuidados del hogar, todos

encuentran lugar en la misma vida femenina, con la condición de que esa vida conozca el orden y se someta a la regla.

- MARCEL PREVOST

Educación e Instrucción

(fragmento)

—Bueno; aquí la instrucción se supedita a la educación—me dijo.

Y yo, al oírlo, torcí el gesto, cosa que no pudo escapársele.

—¿Qué?—añadió—¿Es que Ud. no cree que el fin principal de la escuela, de una escuela siquiera, es educar y no instruir?

—No—le repliqué—; es que creo que lo que educa es la instrucción; que no hay nada más educativo que la verdad, y la verdad por la verdad misma: que la investigación de la verdad pura, y sean cuales fueren las consecuencias de ésta, es lo que educa más y mejora al hombre, lo que le hace más perfecto ciudadano; es que creo que la suprema y más acabada disciplina es la de la

verdad. Hay gentes que, si estuvieran de veras instruidas, es decir, de veras bien educadas, de veras bien disciplinadas, no torcerían la verdad, no amañarían en un tribunal, pongo por caso, desechando pruebas o inventándolas, ni aun para salvar cualquier prestigio que fuera, ni aun para salvar, según ellos entienden, la Patria.

—Pero hombre, exclamó...

Y yo agregué:

—Sí, señor mío; si los energúmenos de la ortodoxia profesional del patriotismo miliciano francés, que suscitaron aquella purificadora guerra civil que fué en la República Francesa el famosísimo *affaire Dreyfus*; si aquellos energúmenos hubieran sido hombres de ciencia, de verdadera ciencia, hombres de veras instruidos, hombres que pusieran el respeto a la verdad objetiva por encima de todo otro respeto, habrían creído que ni para evitar que Alemania destrozara a Francia y la borrara como nación independiente, era lícito sostener mentiras como las que sostuvieron.

La falta de instrucción verdadera, su pésima educación y esa monstruo-

sidad que algunos llaman la *religión del honor*, y que de honor tiene poco o nada, y de religión menos aún, eso fué lo que les llevó a sus bárbaros procedimientos.

—¿Bárbaros?

—Bárbaros, sí. Bárbaros, de la barbarie de aquellas hordas militarmente jerarquizadas, que invadieron el Imperio Romano; bárbaros con la barbarie de un Teodorico, acaso de un Atila, o de un Gengis-Kan.

—Pero ¿es que no salvaron ellos la civilización?

—No, sino que se salvaron luégo civilizándose.

Y sobre todo cuándo en el Renacimiento aprendieron el respeto a la ciencia.

—Pero ¿por qué mete Ud. a la ciencia y a la instrucción en este fregado?

—Las meto porque lo más de lo que está pasando ahora aquí, y a que Ud. y yo estamos aludiendo, sin mencionarlo expresamente, se debe a falta de instrucción y hasta a deficiencia intelectual—por torpe cultivo de la mente—de los actores del drama, tra-

gicomedia o sainete, si Ud. quiere. ¿Ud. cree, verbigracia, que es educativo, que es disciplinario enseñar Historia de España para encender el patriotismo ortodoxo y declamar sobre las llamadas glorias nacionales? ¿No cree Ud. que es más educativo, mucho más educativo, enseñarla como quien enseña Química? Y al enseñar Química, nadie se indigna contra el ácido prúsico, ni canta las excelencias del platino, ni se pone a comparar los méritos del sodio y del potasio, ni otras mentecatas por el estilo.

—Pues, ¿es que al enseñar Historia se hace algo de eso?

—Sí, señor; y al enseñar otras cosas. Se inculca dogmas, no se enseña principios. Y se deforma sistemáticamente la inteligencia. Un discurso patriótico, lo que se llama así, es, de ordinario, un lamentable alegato de abogado. En un tiempo se inventaba hasta milagros y portentos.

—Pero es que hay que obrar sobre el sentimiento...

—Con la razón y la verdad, y no más. Embriagar a los pobres soldados antes de lanzarlos al combate, es una

villanía, porque un hombre embriagado no es un hombre libre. Y no sólo se embriaga a un hombre con alcohol. Y si es villanía embriagar a un soldado para lanzarlo al combate, es más que villanía, es la más perversa bellaquería, trastornarle el juicio a uno que ha de juzgar. Y acaso imbuirle los principios diabólicos con que *Caifás*, el sacerdote que más se ha cuidado del prestigio de la autoridad, condenó al Cristo. Y que fueron los principios mismos con que luego se condenó a Dreyfus en Francia y a tantos otros en otras partes. Es el principio bárbaro, inhumano e injusto llamado de *salus populi*.

MIGUEL DE UNAMUNO

Miscelánea

Todo entero (el pasado) nos sigue a cada instante. Ahí está lo que hemos sentido, pensado, querido, desde nuestra primera niñez, inclinándose sobre el presente que va a juntarse con él, apretando contra la puerta de la conciencia que querría dejarlo fuera. El

mecanismo cerebral está precisamente hecho para relegar casi la totalidad a lo inconsciente y para introducir en la conciencia solamente lo que sirve para aclarar la situación presente. ¿Qué somos en efecto, qué es nuestro carácter, sino la consideración de la historia que hemos vivido desde nuestro nacimiento?

BERGSON

*

«El presente y el porvenir pueden considerarse como rivales, y quien solicite los favores del uno no ha de esperar sino los desdenes del otro».

*

Una de las necesidades más imperativas del día es revisar palabras y frases en cuanto concierne a su real significado en las controversias que se sostienen. Otra necesidad es la de tomar amplias perspectivas y no mirar solamente los aspectos inmediatos: estamos en momentos de alta marea, en que desaparecen rápidamente las antiguas señales.

El padre CUTHBERT

Mayo de 1922.

*

Si la gente comprendiera cuán poco se interesa el público por las querellas individuales—excepto para reírse de los contendientes—lo pensaría dos veces antes de lanzarse a una controversia periódica.

J. JEFFERSON

Queremos la revolución en las cabezas y en los corazones

Rousseau decía «no libremos al hombre solamente del medio, libremos al hombre del hombre». Y Reclus exclamaba:

«No basta repetir las viejas fórmulas *Vox populi*, *Vox Dei* y lanzar gritos de guerra haciendo flotar en los aires ruidosas banderas. La dignidad del ciudadano puede exigir, en tal o cual coyuntura, que levante barricadas y que defienda su tierra o su libertad; pero no se imagine nunca que la menor cuestión pueda ser resuelta a la suerte de las balas. Es en las cabezas y en

los corazones donde las transformaciones tienen que verificarse antes de hacer entrar en tensión los músculos y de cambiarse en fenómenos históricos».

«No basta gritar ¡revolución! ¡revolución! para que ya corramos detrás del que nos entusiasma. Es natural sin duda que el ignorante siga su instinto; el toro alocado se lanza sobre un trapo rojo, y el pueblo, siempre oprimido, se precipita contra el primero que se le pone delante. Una revolución cualquiera tiene su lado bueno cuando va contra un amo o contra un régimen de opresión; pero si ella debe suscitar un nuevo despotismo, se pregunta uno si no habría valido más dirigirla por otro camino. Ha llegado el día de no emplear sino fuerzas conscientes. Los evolucionistas arribados por fin al perfecto conocimiento de lo que quieren realizar, tienen que hacer algo mejor que sublevar descontentos y empujarlos sin brújula y sin objeto.—Se puede sostener que hasta ahora ninguna revolución ha sido completamente razonada y que, por lo mismo, ninguna ha completamente triunfado».

Renovación, 15 de junio de 1912.

La Divina Comedia

Fragmento de un discurso pronunciado por el
Lic. José Vasconcelos el 6 de Nov. de 1921,
en el Local de San Pedro y San Pablo.

Como vidente lo concebimos los modernos: vidente y apóstol, y por lo mismo superior al genio: más que filósofo y más que poeta: Iluminado. Era él, uno de aquellos para quienes la vida es tragedia; tragedia, mas no desastre: transfiguración que produce valores eternos. Cuando el Dante habló, la verdad cristiana renovada por San Francisco, permeaba las almas de gracia, y la ansiedad, la angustia, la luz que palpita en las conciencias humanas y aun en el alma obscura de las bestias, todo pugnaba por libertarse en un cántico, y un cántico hecho acción fué toda la vida sublime del Santo. En seguida el Dante bajó al mundo de las sombras como si con el pensamiento pretendiera redimirlo, y así nació la *Comedia* apellidada *Divina*; como un ritmo profundo que nace de los conflictos infernales de la concien-

cia confusa y se depura y triunfa al confundirse con la fuerza «del amor que mueve al Sol y a las estrellas».....

Dante era un desencantado del amor humano. Como todos los grandes, padecía de soledad; inmensa y desgarradora soledad, certeza dolorosa de que no ha de encontrarse un corazón verdaderamente ligado al nuestro; no existe más pavorosa ni más incurable desdicha. Y este dolor que perdura en el triunfo, se acentuó mucho más en su penosa vida de proscrito que sufre persecución por la justicia y mira por todas partes la maldad triunfante, la ineptitud insolente y la esperanza muerta. Pero su alma férrea no se doblega; ni la nostalgia, ni el martirio de la distancia, ni la sangrienta burla de los viles, nada es capaz de callar la lengua valiente que contesta a los que le ofrendan perdón: «Si para volver he de confesarme culpable, no volveré jamás».

Habitados estamos a leer como una novela de tiempos lejanos la historia de estas altiveces que fustigan la cobarde hipocresía de la vida social, pero rara vez miramos en torno para

observar que todavía ayer, que aún hoy, en muchísimas naciones del mundo no habría lugar para una alma excelsa como la de Dante. No podría tolerársele viva porque todavía sus anatemas marcarían con fuego muchísimas espaldas. Los hombres más grandes parecen condenados a no poder conquistar amor durante su vida. No se les ama; se les admira o se les odia: en cambio, poseen el don de despertar el amor vivísimo, el apasionamiento de sus sucesores.—¿Será porque dejan de ser temibles al convertirse en teoría, en literatura o en arte? Pensarán de este modo los que no aprecian más que el atractivo formal, la belleza externa de sus obras; pero los que sentimos la energía viviente, la potencia inmortal que mana de sus obras, no podemos sentir sino reverencia y amor, todo el amor que sus contemporáneos les negaron, todo el amor que nada por el mundo desbordándose, sin hallar cauce o noble empleo.

Estamos celebrando la memoria de un genio magnífico que si pudiera hablarnos seguramente nos diría: antes de levantarme estatuas atended a co-

rregir vuestras iniquidades. Pues esa es la tortura y la fatalidad de los grandes: el no callar la verdad ni disimular su indignación frente a la injusticia. Sus palabras lastiman, aunque sus pechos rebosan de amor, y poco a poco la pequeñez humana los va dejando, los deja solos, y de lejos parecen todavía más hoscos. De allí nace esa especie de terror sagrado con que nos acercamos a los verdaderamente grandes, pues para estar con ellos en simpatía fácil, sería menester toda una serie de sacrificios personales y de tremendos esfuerzos interiores. Una sola mentira en la conciencia nos desliga y aparta de su grandeza y nos impide sentir la efusión filial de los que pueden llamarlos padres. Padre y maestro es Dante; padre por la energía de su espíritu que quisiéramos revivir en todas las almas ibero-americanas, y maestro de altivez y rectitud que debe servir de ejemplo cada vez que sea preciso luchar por la libertad, y finalmente profeta por su don excelso de adivinar en los aspectos de la representación humana el sentido y el destello de la belleza eterna.

Encuesta de "La Nación"

. 8 de mayo de 1922.

Sr. Director de *La Nación*:

Solamente en un caso dejo a veces de responder a las preguntas que se me hacen: y es cuando ellas se refieren a asuntos acerca de los cuales he dicho en mis propias publicaciones anteriores cuanto me es dado decir.

Es distinto el caso de su honrosa carta del día 6. Voy, pues, a contestarla, pero lacónicamente, según conviene a quien comienza por advertir que se sale del campo en que pudiera tener autoridad.

I.—Una nación no es algo abstracto. Es un conjunto de individuos. Ahora bien, ningún individuo ni conjunto de individuos debe «declarar desde ahora su neutralidad en cualquier conflicto internacional». Tal declaración es ridícula y está de sobra si significa confesión de evidente absoluta impotencia, y es vergonzosa si equivale a propósito deliberado de cerrar de antemano ojos y oídos ante la justicia.

No hay individuo ni hay nación que no cuente por algo; «no hay hilo que no tenga su sombra»; y la única resolución anticipada que dignamente debe tomar un individuo o una nación, por débil que parezca, es la de ponerse del lado del bien, advenga lo que adviniere.

II.—El reconocimiento que de la «neutralidad de un territorio» hacen las naciones interesadas en adueñarse temporal o definitivamente de dicho territorio, es un ludibrio. Nunca lección alguna ha entrado con más sangre en la historia.

¡Ay del individuo que ponga en los demás la confianza que debe poner en sí mismo! Y lo que se diga de un individuo dentro de una sociedad, cabe ser dicho de una nación en el seno de las naciones.

La soberanía nacional y la soberanía individual son siempre relativas: jamás son absolutas y jamás deben ser nulas.

De Ud. muy atto. y respetuoso servidor

ELIAS JIMÉNEZ ROJAS

Controversia periodística

La nota política

Don Ricardo (1) habló ayer, magistralmente, como él lo sabe hacer.

Y se refirió a su actuación como gobernante, contestando a la interpe-lación del Lic. Trejos, por las recom-pensas que el Sr. Jiménez dió a los militares leales.

Entonces, con aire de Júpiter tu-nante (*sic*) fulminó esta sentencia, sin olvidar la isla (*sic*) histórica.

Cicerón preguntaba a Catalina (*sic*): Juráís haber cumplido con tus deberes?

Y él repuso: No, juro haber salvado la República.

Yo contesto, agregó, juro haber sal-vado el país.

(Las barras aplaudieron).

Diario de Costa Rica, sábado 20 de mayo de 1922.

(1) Nota nuestra: Don Ricardo Jiménez Ori-muno, ex-Vice-Rector de la extinta Universidad nacional, ex-Presidente del Poder Judicial, ex-Pre-sidente del Poder Legislativo, ex-Presidente de la República, actualmente miembro de la Cámara de Diputados.

*
* *

La Oficina del Control

Va a crearse una nueva oficina pública, esto es, nuevos funcionarios, más estorbos en los códigos, más gastos, mayor carga sobre los contribuyentes, sin apreciable ventaja para el país.

¡Así van las democracias!

Complicase incesantemente el mecanismo político, por remediar males cuya causa primordial nadie quiere sin embargo remover.

¿Qué se ganará con la nueva forma de inspección que el Poder Legislativo trata de ejercer sobre el Ejecutivo?

Al discutirse el asunto en el Congreso, el más prestigioso de sus oradores descubrió solemnemente la propia llaga—que es llaga general de la República.—“*No juro haber cumplido con mis deberes; pero juro haber salvado al país*”, respondió al Cicerón del momento, según afirma un diario serio. Y las barras aplaudieron con su característica impulsividad.

Ahí tenéis, amigos míos, un nuevo

aplausos nacionales a la fórmula de Catalina. Ya sabéis, pues, lo que cabe esperar de los nuevos funcionarios: que ellos también falten a sus deberes por salvar al país.

Lástima que el país no pueda exclamar: “¡No me salven tantos a la vez!”

Mientras el Congreso se mofa de la Constitución, y cada ex-presidente de la República y cada alto magistrado, envolviéndose en el manto de sus indecifrables intenciones, hable con orgullo de sus faltas evidentes, so pretexto de que han sido cometidas por el bien del país, el país estará perdido.

Mientras se crea que es lícito faltar a los contratos, desobedecer los mandatos aceptados, torcer leyes y constituciones, con tal de salvar al país, el país estará perdido.

Es uno el fundamento de toda sociedad, desde la más simple hasta la más compleja: el respeto escrupuloso de la palabra empeñada. Es uno el precepto capital de todos los códigos morales: NO MENTIR. Destruído el fundamento, desoído el precepto, el orden social es imposible.

*
* *

Fijándose en un caso concreto, quizás aparezcan más claros los anteriores conceptos.

El "gran reformador de nuestra enseñanza" necesitó para su "reforma" violar a la vez dos juramentos: el universitario y el constitucional: mató la Universidad que había jurado defender, y desoyó la Constitución que había jurado acatar.

De ello, hace un tercio de siglo.

Ahora es raro el maestro de escuela que se atiene a su contrato.

Véase un caso reciente: un muy buen profesor, nombrado para dar lecciones de química, se sale de su terreno y se lanza por el de la metafísica. Descubierto y acusado, se defiende sencillamente diciendo: el espíritu es más que la materia; tengo tranquila mi conciencia.

¡Así van las democracias!

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS.

20 de Mayo de 1922.



No partas de la primera nueva

El profesor don Elías Jiménez Rojas pone en mis labios la frase: *No juro haber cumplido con mis deberes; pero juro haber salvado al país*; y sobre ella fabrica un sermón laico. Más de un rayo de los suyos ha caído sobre mí; y en esta vez mi intención primera fue soportar la descarga, como de costumbre, con toda mansedumbre y silencio. Entre él y yo, casi no hay otra cosa de común sino el apellido. Sus ideas anárquicas y, al propio tiempo, adversas a la democracia, que desdeña y detesta, y favorables al despotismo, ante el cual se pasma, son una mezcla contradictoria, y una síntesis que está fuera de mis escasos poderes de comprensión. El señor Jiménez es, según yo lo veo, un Dios Jano, cuya cara del frente es la del príncipe anarquista Pedro Kropotkin, y cuya cara del revés es la del Kaiser Guillermo, el destronado. Bien es verdad que los extremos se tocan, y si no dígallo la dictadura del proletariado de Lenine y Trosky.

Pero con todo y nuestra desemejanza de inteligencia y orientaciones, siempre leo con sumo interés los escritos suyos, aun cuando me toque estar sobre la mesa de disección, porque siempre son interesantes los juicios de un hombre inteligente, que crea lo que dice y cuyas invectivas no sean las de un histrión. Pero si otras veces he callado, ahora no puedo hacer lo mismo, porque si callara me expondría a que se me tomara por sostenedor de la doctrina que condena don Elías, con razones que comparto de buen grado. La tarasconada de *haber salvado el país* no es mía. Ese dislate ni lo he dicho, ni lo he pensado. En la sesión del Congreso, lejos de haberme jactado de haber desobedecido las leyes fiscales, que me obligaban a mantenerme dentro de los estrechos límites de las asignaciones del presupuesto, humildemente confesé mi pecado y mi debilidad en haberme dejado deslizar por la inveterada costumbre administrativa de los sobregiros, que siempre son peligrosos y nocivos, aun cuando, a juicio del mandatario, estén bien aconsejados por lo que juzga ser el bien público. Si yo hubiera dicho

lo que cree el señor Jiménez Rojas que dije, mi defensa del proyecto de la Oficina de Control sería incomprensible. Cabalmente para que otros Presidentes no caigan en el yerro en que yo caí y en el que cayeron, antes y después, otros Presidentes, es útil el mecanismo que tratamos de fabricar, a semejanza de los que otros países están usando. Pero como la situación fiscal de mi tiempo era más bonancible que la presente, por lo cual los sobregiros de entonces no desquiciaron la solvabilidad del Erario, me creí con derecho, en atenuación de mi falta y contestando una alusión, a llamar la atención del Congreso hacia la diferencia de circunstancias, y, parafraseando la frase del orador romano, dije que si no podía jurar que no hubiese infringido las leyes fiscales, sí podía jurar que había mantenido más alto que nunca el crédito del Estado. El haber aducido una atenuante no empece el humilde reconocimiento de mi reato. Hablé de mí para que se cumpliera aquello de que de los escarmentados se hacen los avisados. El irascible profesor, partió, pues, de la primera nueva y se equivocó; cogió

las hojas, por el rábano. Pero en fin, dejando aparte la ojeriza y la hojarasca, queda de su reprimenda la saludable lección de que los funcionarios debemos cumplir en todo caso las leyes, y eso es lo que importa.

RICARDO JIMÉNEZ.

Jueves 25 de mayo de 1922.

*
* *

A don Ricardo Jiménez

La *primera nueva* a que alude Ud. en su artículo publicado ayer en estas mismas columnas, se encuentra en la primera página del *Diario de Costa Rica* del sábado último. Me alegro de que haya resultado falsa y de que haya dado a Ud. ocasión de declararse francamente contra el principio de *salus populi*, entendida la salud y entendido el pueblo según los entienden los curanderos del patriotismo a sueldo, al decir de don Miguel de Unamuno.

Yo le pregunto a Ud. ahora—y toca a su honor el responder sin ojeriza ni hojarasca—¿en qué acto de mi vida de

costarricense o en qué palabra de mis escritos basa Ud. la afirmación de que yo me pasmo ante el despotismo?

Relativamente a los despotismos, lo que he dicho múltiples veces y repito hoy es que prefiero el despotismo de un hombre al de una multitud, así se llame ésta *Soviet* o *Congreso Constitucional*.

Del calificativo de anarquista, veo bien que no es fácil defenderme frente a Ud., perteneciente a una generación ilustre que siempre se ha mostrado desconocedora de la sociología, a pesar de haberse dedicado en su mayor parte al estudio del Derecho. No hay individualista que no corra el riesgo de ser tomado por anarquista y no hay individualista que no prefiera esta confusión a lo otro—mil veces peor—de ser señalado como demagogo.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS.

26 de mayo de 1922.

*
* *
Hojarascas

Mientras llega la hora de
hablar en firme.

Sobre una noticia falsa—dado por averiguado que lo sea—, hice yo lo que don Ricardo Jiménez llama *un sermón laico*. Sobre rumores de la calle —y poco importa cuán grande sea esta calle—, hace él una catilinaria a su modo, desfigurando, según costumbre arraigada, a cuantos personajes cita, inclusive el excelso dios Jano, que mira hacia el pasado y hacia el porvenir, emblema de la única suprema sabiduría, la que reúne en un solo conocimiento lo que fué, lo que es y lo que será.

Yo podía—sin incurrir en grave ligereza—partir de una noticia que cuadra perfectamente con muchos actos de la vida pública de don Ricardo, inexplicables honrosamente para quien no los suponga inspirados por el principio denominado de la *salud del pueblo*, principio que he atacado de propósito en todo tiempo, desde los bancos

*
* *
Hojarasca

Mientras llega la hora de
hablar en firme.

Sobre una noticia falsa—dado por averiguado que lo sea—, hice yo lo que don Ricardo Jiménez llama *un sermón laico*. Sobre rumores de la calle —y poco importa cuán grande sea esta calle—, hace él una catilinaria a su modo, desfigurando, según costumbre arraigada, a cuantos personajes cita, inclusive el excelso dios Jano, que mira hacia el pasado y hacia el porvenir, emblema de la única suprema sabiduría, la que reúne en un solo conocimiento lo que fué, lo que es y lo que será.

Yo podía—sin incurrir en grave ligereza—partir de una noticia que cuadra perfectamente con muchos actos de la vida pública de don Ricardo, inexplicables honrosamente para quien no los suponga inspirados por el principio denominado de la *salud del pueblo*, principio que he atacado de propósito en todo tiempo, desde los bancos

del colegio. Esos actos que digo, podría indicarlos si se juzgara oportuno, aunque sin sentir placer en ello, pues de mis dos caras de Jano, es la de atrás aquella de que me gusta menos servirme. Al proceder como procedí, no demostré ojeriza hacia ningún hombre. No cabe en mí contra una persona que en dos momentos distintos me ha tendido la mano: 1.º en junio de 1907, cuando me franqueó la entrada al Colegio de Farmacéuticos. (Poco importa que yo no haya querido pasar por la puerta excepcional y me haya quedado fuera, no mezclándome en nada, ni siquiera en lo concerniente a la Escuela de Farmacia, para mí tan interesante); 2.º, cuando me ofreció, apenas electo Presidente de la República, la Subsecretaría de Instrucción, como subalterno inmediato de don Nicolás Oriamuno. Y de seguro recuerda don Ricardo que no la acepté por desconfianza de capacidad y por la convicción que tenía de la disparidad de nuestras opiniones acerca de muchos puntos capitales: sufragio, libertad de enseñanza, carácter de la enseñanza, libre cambio, monopolios

del Estado, etc. Ojalá sirva esta reminiscencia para destruir, en descargo de don Ricardo y en bien mío, la leyenda de que a mí se me ofreciera alguna vez el Ministerio de Instrucción Pública.

¿O calificará de ojeriza don Ricardo esta diversidad de opiniones? De ser así, descubriría un gran fondo de vanidad: el de la idea de que él posee toda la verdad y sus dones, y de que, en consecuencia, quien está contra él en una discusión, lo está por mala voluntad personal.

Tampoco comprendo que se hable de ojeriza por el hecho de haber sido repetidas veces blanco de comentarios respetuosos de un escritor terco, pero independiente y desinteresado y que nunca camina en manada—ni como oveja ni como capataz—. Los rayos, partan de donde partieren, van a dar siempre en las alturas, y en ellas ha vivido don Ricardo desde su juventud. Lo cual le ha hecho daño, a mi parecer.

No hay nada de censurable en partir de una noticia falsa para atacar un principio que se juzga peligrosísimo. Lo otro, lo que hace don Ricardo,

es muy distinto: reconoce que esta vez estamos de acuerdo en cuanto a los principios, pero me lanza las acusaciones pueriles y calumniosas que le soplan al oído, sin aducir absolutamente ninguna prueba. Esto se llama agacharse para quedar a la altura del rebaño que va tras de uno.

Dejando aparte las dictaduras—que son cosa enteramente diferente y de las cuales la más completa ha sido la de don Francisco Aguilar Barquero—, sólo tres gobiernos despóticos hemos presenciado don Ricardo y yo, por cierto que de un despotismo muy dulce, si se le compara con los sufridos por otras naciones: 1.º, el de don Tomás Guardia, que yo debí simplemente aguantar con indignación, según convenía a mis años de niñez. 2.º, el de don Rafael Iglesias, que combatí como pude, sin capitular o transigir cual lo hizo al cabo don Ricardo amparándose a su doctrina de que LO IMPORTANTE ES QUE EL PODER CAMBIE DE MANOS, en contra de la que yo sostenía en *El Figaro*, de que lo importante es el cambio de principios y de prácticas. 3.º, el de don Federico Tinoco, pro-

cedente natural del gobierno de don Ricardo.

¿Qué fué de don Ricardo durante el gobierno del Sr. Tinoco? Se pasó, dando a la palabra el primer sentido que le señala el diccionario. Mientras tanto, yo me mantuve al frente de mi revista *Eos*, acompañado leal y valientemente por otro hombre que no ha pertenecido ni pertenece a ningún bando político nacional. En dicha revista, aparte los escarceos filosóficos o literarios, encontró el lector dos cosas: una serie de acres ataques al poder público, en materia económica y en materia de enseñanza; y una serie de ataques vehementes a la intervención armada de los extranjeros en nuestra política interna. El principal honor de todo ello corresponde a mi ilustre colaborador de entonces.

Nuestros ataques a los intervencionistas nos hacían parecer como sostenedores del Sr. Tinoco. Lo sabía yo, lo sé y no me arrepiento en lo más mínimo. Imitando a Faguet decía y digo:

«Hay que permanecer liberal aun cuando el liberalismo no aproveche

más que a las gentes que no amáis. Si estas gentes que no amáis representan por el momento el principio que amáis, defended el principio, aunque ellas resulten defendidas. Lo fundamental es no dejar prescribir el principio».

Para juzgar la época del Sr. Tinoco, no faltará más tarde algún Carlos Pezreya, y si mi nombre merece entonces ser recordado tendré aquello a que soy acreedor. Sin ser un dios Jano, al igual de todo hombre tengo en grado mínimo lo que él poseía en grado sumo, y puedo, aun en el presente, mirar hacia el porvenir.

Y miro con serenidad.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

• Sábado 27 de mayo de 1922.

*
* *

Sigue la hojarasca

Habla don Ricardo Jiménez de mis ideas anárquicas y AL PROPIO TIEMPO favorables al despotismo. ¡Dislate increíble! Hay cosas que jamás pueden

existir al propio tiempo: las cosas diametralmente opuestas, como la anarquía y el despotismo. Entendida la anarquía según la han definido sus preclaros pregoneros—Eliseo Reclus y Kropotkine, por ejemplo, que, dicho sea de paso, nada tienen que ver con Lenine y compañía—, el anarquista no es más que un individualista exagerado. Ahora bien, lo genérico de los individualistas es su anhelo de reducir al *mínimum* las funciones centrales del Estado. Contra el individualismo pueden venir a la boca un sinnúmero de palabras—utopía, locura; etc.—, nunca la de tiranía. La ilación que se descubre en la expresión de don Ricardo, entre los términos anarquía y despotismo, es digna del epíteto que convendría a quien dijera de alguien: «Sus ideas son extremadamente religiosas y al propio tiempo favorables al ateísmo». ¿Qué sentido tiene la palabra religión sin la idea de Dios,—sea la de un Dios personal o sea la de un orden o determinismo moral o justicia eterna, que LIGA o enlaza nuestro presente a nuestro pasado y a nuestro futuro?

Habituado al aplauso más ciego e inconsciente de que haya recuerdo en Costa Rica, don Ricardo olvida que el que se encumbra está más obligado que nadie a ser comedido en sus actos y en sus dichos.

En cuanto a las contradicciones más, que dejan perplejo a don Ricardo —no obstante su formidable poder de comprensión—, diré que al juicio de nuestro estadista opongo el de los escritores de fuera del país que han tenido a bien criticarme, sin pasión personal alguna. Muchos defectos me han señalado: mi LACONISMO impertinente, la aridez de mi prosa, la pobreza de mi léxico, mis REPETICIONES a lo largo de los años, mi construcción gramatical, que dicen tiene siempre aspecto de traducción, etc.; de lo que ninguno me ha acusado, fuera de aquí, es de inconsistencia. Ni me causa extrañeza la opinión de don Ricardo. Quien está hecho a cambiar de resoluciones, con la más pomposa frescura, y a buscar luego falacias para justificar su volubilidad, bien puede imaginarse que son sus vecinos quienes se vuelcan o contradicen; así mismo, quien va en un

tren corriendo velozmente, se imagina que huyen los puentes, los árboles y las torres.

Veamos ahora cuál ha sido la suerte de mis consejos a los gobernantes, consejos sistematizados en *Renovación*, en *Eos* y en REPRODUCCIÓN, desde la administración de don Ricardo para acá: la de haber sido absolutamente desoídos, dejándome descargado de toda responsabilidad en el desbarajuste nacional, hoy hartamente palpable.

En privado, solamente dos gobernantes me han distinguido con solicitud de consejo—y esto al comienzo de sus respectivas administraciones—: don Alfredo González y don Federico Tinoco. Ninguno de los dos me hizo el menor caso. A don Federico Tinoco le bastó UNA SOLA conversación para no quedar convidado a consultarme nunca más. De esta conversación hay una constancia pública en el No. 36 de *Eos* (julio de 1917). Quien quiera releerlo, aquí tiene mi artículo de entonces:

En balde

Los «principistas» no servimos para aconsejar «medidas de emergencia». Por atribu-

lados que nos veamos, por angustioso que nos parezca el momento, no podemos volver la espalda a los principios que aceptamos como buenos en las horas de serena reflexión.

«Si hemos de caer—no dijo el Presidente Tinoco en conversación privada—, caigamos grandes». Y nosotros repetimos aquí sus palabras, aunque talvez no les demos un mismo sentido. Ser grandes, ser héroes, significa para nosotros resolverse a coger el buen camino, cueste lo que costare.

Es mejor ir a pie por una senda firme, que en carroza por un despeñadero.

Sostuvimos que la llegada de don Alfredo González al supremo poder representaba la mayor desgracia que jamás hubiera ocurrido a Costa Rica, y hoy confirmamos nuestro aserto. El país está ya en el terrible trance que preveíamos.

¡Seamos grandes! Resolvámonos a la vida de privaciones, reduzcamos los gastos públicos, ofrezcamos libertades a las iniciativas individuales y *volvamos a la circulación metálica*. De ningún modo aceptemos los procedimientos preconizados durante la anterior administración. No multipliquemos las cargas que pesan sobre las empresas privadas. Si éstas se hundan, se hunde el país.

No multipliquemos los impuestos. Todo impuesto, directo o indirecto, recae necesariamente sobre los trabajadores que no cuentan más que con sus brazos y cerebro, poco importa que dicho impuesto pague o no antes por las manos de los pudientes. Negar esto es negar la luz misma.

Por lo que toca a la tributación directa, en particular, mantenemos nuestros ataques. La tributación directa, en términos generales, es la que mayor campo ofrece a la injusticia y la que mayores dificultades acarrea al Estado (multiplicación de funcionarios, etc.). La tributación directa desmoraliza inevitablemente a los contribuyentes. Robustece el servilismo y suministra a las tiranías el más formidable de sus instrumentos. Es el régimen económico propio de los pueblos que sufren un yugo militar, nacional o extranjero. Es el obstáculo más grande que pueda oponerse al desarrollo industrial y comercial.

El impuesto territorial es el único impuesto directo susceptible de ser recaudado equitativamente, si se procede con cordura.

Pero este mismo impuesto territorial no tiene base lógica si no se acepta explícitamente el principio de que la tierra es propiedad inalienable del Estado, según lo han sostenido y lo sostienen, con pocas divergencias, filósofos y economistas de la talla de Colins y Henry George. ¿Hemos llegado a este punto?

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

*
* *

Las facetas de don Elías

No satisfecho don Elías Jiménez Rojas con la respuesta que dió a la mía de la semana pasada, la amplía larga-

mente en *La Tribuna* del domingo. Para querrela personal, lo publicado parece de sobra; pero la insistencia de don Elías me fuerza a decir unas palabras más en defensa de mis anteriores; y lo siento porque quisiera que sólo elogios salieran de mi pluma cuando de él me tocara hablar. No he lanzado en contra suya acusaciones pueriles y calumniosas; no he hecho cargos morales en daño de su carácter; el aspecto personal, que es por donde él ve la cuestión, no fué considerado por mí: me referí tan sólo a sus ideas, a sus tesis sociológicas, y al carácter contradictorio y proteico que yo les encuentro. Me censura porque no aduje pruebas. Ahora se las daré, aunque con la brevedad a que me obliga el espacio que racionalmente debo ocupar. Protesta don Elías de que yo lo califiqué de anarquista, cuando él es tan sólo individualista. La verdad es que el anarquista es un individualista extremo. Aquel quiere vivir sin uno que sea cabeza, sin jefe; y el individualista, el del tipo de Kant, o de Jefferson, o de Spencer, proclama que el mejor gobierno es aquel que

menos gobierne. El camaleón cambia de colores insensiblemente. Ese mismo cambio de matices, que ya no de colores, es el que va del individualismo hasta el anarquismo. Se trata de una diferencia de grado y no de calidad. Don Elías fué socialista del grupo de Jaurés; y uno se explica perfectamente que no le costara mucho regresar al individualismo. Pero a veces vuelve a su primer amor. En setiembre de 1919 nos decía:

«Si el señor Taborga alejara de su mente la idea de PODERES Y AUTORIDADES DEPOSITARIAS DE LA FUERZA, observando que en la naturaleza no hay depósitos centrales de fuerza, que todo es fuerza repartida, que todo es armonía de fuerzas; si se preguntara quién manda a quién en su propio organismo; si buscara cómo se cumple en este organismo la tendencia hacia la plenitud vital, quizás el problema de la democracia cambiaría completamente de aspecto a sus ojos». Todo esto es anarquismo puro y simple. Si en una sociedad no hay poder depositario de la fuerza, no hay cabeza, no hay gobierno; y ese estado es lo

que, por etimología y definición, se llama anarquía. Téngase presente que no estoy dando mi opinión sobre si la cosa es buena o es mala. Estoy aduciendo nada más que la prueba de por qué calificué de anarquistas ciertas enseñanzas del profesor señor Jiménez Rojas. En otra parte, se expresa él así: «Por eso, al paso que vamos, no se encontrará fácilmente dentro de medio siglo un hombre acaudalado que no sea un bribón». Pura y neta literatura socialista, comunista o bolcheviquista, de la que se oye en las Internacionales; una de tantas versiones de las manoseadas frases EL ABORRECIBLE REGIMEN CAPITALISTA, EL INFAME BURGUES.

Démosle ahora vuelta a la medalla. Quienquiera que haya leído, con mediana atención, las publicaciones de don Elías de los últimos años, tiene que cerrar los opúsculos suyos bajo la impresión de que ha defendido la dictadura del señor Tinoco. No niego que mientras ella duró hizo críticas EN MATERIA ECONOMICA Y EN MATERIA DE ENSEÑANZA, como él nos lo advierte ahora; pero de estas sus recientes pa-